Por Nicolás Melini

CERVANTES, VIAJE EN EL TIEMPO

Desocupado escritor: cumplo con informar a usted que últimamente todo es Cervantes. La muchacha es Cervantes, el olor a su hermosura es Cervantes, las grandes aves negras, la inmediatez de lo real y lo irreal tramados en el fulgor de un mismo espejo gemidor es Cervantes. Rap, serie de televisión y dibujo animado es Cervantes. El *Quijote* a secas, un número de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, esta misma paráfrasis de Nicolás Melini –de un poema de Gonzalo Rojas, a su vez paráfrasis de un prólogo cervantino– es Cervantes. Amantísimo Cervantes, desocupado escritor –por razones obvias desocupado, con perdón, aunque cualquiera lo diría, visto lo visto–, me perdone el lector de ahora este fisco de más retórica, pero usted, quiero decir vuesa merced –tío–, me perdone la tosquedad o torpeza de ese mismo extra; *captatio benevolentiae*, no me falle: intento dirigirme a ti como te dirigías a los lectores, solicitando su atención, su benevolencia y su respeto.

Para el escritor que soy, amantísimo escritor desocupado, fue un lujo descubrir el poder de la literatura cuando apenas era un adolescente, en los muchos pasajes de tu hidalgo. Eso era la literatura. Condensación y multiplicidad. Misterio y claridad. Veladura y revelación. De pronto el mundo romo se volvió doblez, explosión de sentido, enigma fabuloso, divertimento ilustrado. Que todo estuviese en unas pocas palabras –parte de otras muchas– y uno se pudiera abismar dentro de lo poco y de lo mucho en pos del entendimiento, de la inteligencia del autor y de la verdad del sentido de la fábula, resultó ser una diversión demasiado seria como para no seguir leyéndolo ya todo.

Tengo para mí, por la lectura que te he hecho, que fuiste hombre abierto, que, como buen escritor, ensanchó los límites de

todo lo que en su tiempo se creía sólido e inamovible, atacando el pensamiento establecido con las mejores artes de las letras, aun a riesgo de todo tipo de inquisiciones. Todavía recuerdo cómo hablabas de los gitanos. Al principio de *La gitanilla* uno, lector de ahora, se teme lo peor: ¿una gitana que es hermosa e inteligente porque, precisamente, no es gitana, sino que nació en buena cuna?; sin embargo, continuando el relato, lo peor no se produce, y asistimos más bien a lo contrario, asistimos a cómo se deshace la siniestralidad del pensamiento de la época: la vida de los gitanos como ejemplo de libertad, el choque con los «normales» limando asperezas, las contradicciones más o menos hilarantes cuando los personajes se encuentran en un lugar que no es –supuestamente– el suyo. Y este es solo un ejemplo. La igualdad –esta del juicio, el mal juicio y lo que hoy llamamos «prejuicio» entre las personas– aún no se ha completado –porque ahora son otros los síntomas y las vicisitudes discriminatorias–, y tampoco sabemos si algún día llegará a completarse o, simplemente, mutará en otros desequilibrios, pero abisma calibrar la lucidez y el instinto que se requería para haber visto el tema y comprender lo que era indispensable allanar por medio de la fábula. La consciencia de ello, desde la perspectiva del presente, me anima a quitarme el sombrero, en un tiempo en el que los sombreros –cuando los hay, que son escasos– se quedan en la cabeza casi sin excepción de momento y lugar, y ya no se utilizan para reverencia alguna; para que te hagas una idea, la reverencia misma ha caído en desuso. Así hemos cambiado.

Hoy no hay ni un solo español sin noción de lo que es el *Quijote* y quién Miguel de Cervantes. Cumplo con informarte, pues, que Don Quijote ha pasado a formar parte de nuestra identidad. En el siglo XXI, el *Quijote* se respira y es como una bandera. Y supongo que te sorprenderá, pues ni la confidencia de saberte el primero, el ejemplar, el pionero de las novelas («yo soy el primero en novelar en lengua castellana»), puede haber dado para tanto como para imaginar el presente que te transmito. Mientras te escribo esto –la tele prendida–, se ha puesto a sonar un rap que dos jóvenes te hacen y le hacen a Don Quijote –por esto decía antes lo del rap–. Y qué será «la tele», me preguntarás –que el mundo ha devenido en cosa que jamás se hubiese podido atisbar ni con el conocimiento de tu época ni con la más extraordinaria de las imaginaciones–: la tele es lumbre, chimenea en cuyo fuego arde constantemente todo lo que es, fue y se imagina, hasta tal extremo que no hay novelista con capacidad de tanto. Te gustaría

la endemoniada televisión, y en ella te rapean –o rapean sobre ti mientras te escribo– versos improvisados; también esto te gustaría. Así unimos el presente con el pasado, traemos este hasta nosotros, cubrimos las distancias temporales y establecemos otras, pues te rendimos culto y el culto es toma de distancia y hasta de ocultación.

En la televisión se nos aparecen por activa y por pasiva todas las desigualdades del mundo, en forma de ficción y en forma de realidad cruda, de un modo tal que se asfixia el entendimiento, sí, pero se nos prepara no sabemos aún para qué. Y por si fuera poco, ahora tenemos Internet, otro paso en esta lógica del allanamiento. Hasta tal punto han ocupado ingenios como estos algunas funciones de la literatura –masticar, deglutir, digerir la realidad y prepararnos para dar un nuevo paso en la Historia–, que al arte hoy viene quedándosele estrecho el camino y los artistas se alarman y ponen el grito en el cielo y en sus letras y se sienten impelidos a defender su necesidad, su utilidad y su relevancia, mientras todo –informativos de televisión, prensa escrita, *reality shows*, ficción televisiva, documentales, cine de ficción, libros de no ficción, videojuegos, etc.– se conjura para poner lo de los escritores al mismo rasero.

Si esgrimías que tus historias eran mero entretenimiento –amantísimo escritor–, por salvarte de la competencia religiosa, de su censura, del posible equívoco moralista o de que cualquier aprensivo interpretase que osabas emular a Dios o, peor, al clero; y si hasta comparabas tus novelas ejemplares con cualquier solaz («horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descanse; para este efecto, se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas, y se cultivan con curiosidad los jardines») porque no hubiese dudas de tus mejores intenciones morales, al escritor ahora parece que le va quedando poco más que la posibilidad del entretenimiento ese y, a menudo, se siente impotente porque no hay autoridad, ni divina ni humana, que se soliviante por lo de un escritor; con nada choca, compite con tanto que con nada compite y, sin fricción, pocas esperanzas de modificar cosa alguna nos asisten. Si bien, también, la gran mayoría de los escritores de hoy somos posiblemente dados a escribir lo «normal», lo esperado, a allanarnos y *arrellanarnos* en demasía, y ahí el cuestionamiento de lo que realmente importa y merece cuestionarse es escaso.

Entre lo literario –la novela hoy es el género de éxito y, también, el género del éxito (el género que parece que hay que escri-

bir si se quiere tener algo parecido a eso escribiendo literatura)–, tal vez tanto sea así que la novela casi muere de éste. Cada año se llevan a imprenta miles de manuscritos, y hay de todo, pero tanto, tal cantidad desmesurada, que las malas novelas dificultan la apreciación de las buenas. En cualquier caso, tu afirmación de ser el primero que novela en español ha resultado «vindicación», en todos los sentidos de la palabra. La novela es el género de hoy; esa partida parece que la ganaste y para mí que explica algo de lo sucedido con tu gloria; puedes comentárselo a Lope, Quevedo, Góngora. Francisco Umbral –este escritor te gustaría, amantísimo escritor, porque en dos páginas era capaz de poner, por medio de la literatura, la crónica de el *Quijote* entero– decía que fuiste un escritor «fracasado literariamente» que, en el último momento, «decide jugárselo todo a un gran libro» y, entonces sí, venciste.

Pienso que fuiste hombre que se comunicó, en la lucha con sus coetáneos, hacia el futuro, y en la posibilidad de devolverte el diálogo, sé que estimarás que te hable en nuestros términos, ni más ni menos que como tú haces cuando nos hablas, por medio de tu literatura, en los tuyos. Por eso te tuteo. Y te cuento de este tiempo porque esta es la mayor ilusión del intercambio, la de llevarte algo de lo nuestro de hoy. No tanto la de traer lo tuyo de entonces, que ya, sino la de mostrarte algunos de nuestros ingenios, y quizás no tanto de los ingenios de la ciencia o la tecnología como de los del pensamiento y la sociedad, que es nuestra materia, la materia de los escritores.

Ahora, por ejemplo, los nobles ya no son nobles, sino presuntamente innobles –o innobles mientras no demuestren, pero mucho, lo contrario–; se cuestiona con absoluta virulencia la nobleza de estos –y, por lo tanto, también unos pocos defienden, con escaso eco popular, su pulcritud y buenos sentimientos para con nosotros, pretendiéndolos excelentes y épicos contra todo pronóstico– y, sin embargo, al pueblo se le atribuye una nobleza total, al tiempo que otros combaten con furia la idea de una supuesta superioridad moral de los más débiles y de quienes dicen estar al servicio de estos. Qué locos, ¿verdad? Don Quijote y Sancho Panza, hoy, en cierto modo, ideología política: esto sí, matizados, relativizados, licuados, redondeados, demolidos, que ya hay matización, relativización, licuación, redondeo y demolición en el propio *Quijote* respecto de la realidad de entonces –sus nobles y plebeyos–, y estos allanamientos no han dejado de producirse, casi ininterrumpidamente, a lo largo de los siglos. Es imposible que la imaginación te dé para tanto como para comprender cuán-

ta gente ha muerto en el proceso, y ahí seguimos, igualándonos por unos lados y jerarquizándonos por otros de otra manera; no quiero pensar en qué estado andará la cosa dentro de cuatro centenares de años. Sé que las simientes de lo que será las estamos poniendo hoy, como se encuentran las de hoy en el *Quijote*; pero, igual que del *Quijote* a esta parte la mudanza ha sido abismal –así como conflictiva y sangrienta–, cómo será la mudanza de aquí al siglo XXV.

Pienso en los escritores que somos y no sé, no sé, cómo escribiremos esa obra que, siendo escrita hoy, atesore sentido para entonces como lo ha atesorado la tuya para nosotros. Y solo se me ocurre una figura artística de este tiempo que, a bien seguro, irá cobrando una relevancia cada vez mayor hasta alcanzar un sentido tal que el de Cervantes de ahora: Michael Jackson. Pero no es escritor, y la explicación de las razones que me llevan a esta afirmación –que es controvertida–, sería bien larga, y no quiero aburrirte con lo que no puede sino escapar a tu entendimiento por todos los lados del mundo y de la Historia. Quede para mis coetáneos con la postilla: Michael Jackson es una figura de una relevancia artística, social y política que no puede sino crecer y crecer de un modo que aún no hemos sino entrevisto, y lo es precisamente por jefe –no solo en su obra, sino en los gestos políticos de su día a día– de un gran proceso de igualdad social, racial, que en el caso de la obra de Cervantes también se da. Sí, querido, y con gran eficacia; pusiste a andar en tus obras las diferencias, las semejanzas y las contradicciones entre personas de distintos estratos sociales, sembrando una ineludible semilla de igualdad hacia el futuro.

Ahora se supone que somos menos violentos que en tu tiempo. Ya nadie se reta en duelo por hete allí unas afrentas al honor o a la honra. Las humillaciones personales las soportamos estoicos y aquí paz y después gloria. Violencias como en las que se involucran por azar Don Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa en *La señora Cornelia*, espadachines justos contra malhechores, nos provocan a la risa. Son cosa, nunca mejor dicho, de caballeros andantes o de andantes caballeros, es decir, de tíos que van a pie; violencia de andar por casa. Para que te hagas una idea, los estadounidenses –que son los americanos del norte del continente al que te hubiera gustado viajar para quedarte y hacer fortuna–, tiraron dos bombas atómicas, una sobre la ciudad de Hiroshima y otra sobre la ciudad de Nagasaki, Japón, y solo con esas dos bombas se estima que murieron 246.000 personas. Y

ello, por cierto, tuvo un gran efecto igualador: nos cuadraron a todos, naciones e individuos, bajo ese poder –la bomba– que ni se menciona. Ingenios nuestros son bombas como esas y los aviones desde los que se arrojaron, en ellos viajamos de país a país y de continente a continente a todas horas –algunos escritores españoles e hispanoamericanos lo hacen en tu nombre, para decir en capitales de otras lenguas su literatura en español–. Y, por cierto, hablando de viajar en avión, ¡la humanidad viaja al espacio! ¡Esos mismos norteamericanos de la bomba protagonizaron el primer viaje a la luna y desde entonces, ya: el espacio sideral! Aunque no, no en tu nombre, en tu nombre aún no ha viajado al espacio ningún escritor, pero todo se andará.

Hoy parece que vayamos entendiendo en consenso que los procesos de liberación e igualación son inevitables y producen víctimas. Así se escribiría la Historia. Ahora llevábamos un tiempo creyéndonos que habíamos alcanzado suficiente libertad e igualdad entre las personas, al menos, de nuestros países –el secreto era la democracia y el capitalismo y la socialdemocracia y sus equilibrios–, y de pronto nos hemos caído del guindo y hemos descubierto que todo ello no era más que a conveniencia de los poderosos a los que esa calma chicha social les venía que ni pintada para amasar fortunas sin que nadie los importunara. Parece que obtener lo que creíamos haber obtenido ya en materia de igualdad y libertad nos va a costar un poco más; o, más bien, se trata de proceso que nunca descansa, independientemente del papel que queramos jugar en este en cada momento. El proceso continúa, nos crecen los desiguales entre quienes ostentan el poder económico, pero también entre quienes tienen menos que nosotros, que se concentran de manera muy significativa en el sur del mundo. El proceso es violento, como siempre, por la lucha de unos y por la reacción de los otros, siendo que casi todos somos los unos y los otros a la vez.

Pienso en mi barrio de Madrid –que, por cierto, sigue siendo la capital del reino: hoy no tendrías que andar del tingo al tango, de Madrid a Valladolid y de Valladolid a Madrid, o «del timbo al tambo», que diría Gabriel García Márquez–, y en estos momentos hay tanta gente capaz sin oficio ni beneficio en su casa que las autoridades sanitarias advierten que pasar demasiado tiempo tendidos, acostados, sentados, aumenta significativamente el riesgo de padecer enfermedades cardiovasculares; así que no sería de extrañar que alguno de los ociosos que somos –yo mismo me siento a veces un poco hidalgo pobre y viejo– decidiera

levantarse un día y ponerse a hacer cualquier absurda heroicidad incomprensible.

Pero Cervantes y el *Quijote* cabalgan. ¡Cabalgas! Cervantes es una mina que produce con su mera influencia simbólica ingentes cantidades de réditos económicos para unos y para otros. Por Cervantes circulan grandes cantidades de dinero privado y público. El dinero fluye de unas manos a otras por su/tu arte de magia. Cervantes es, significa o implica, en términos económicos de la sociedad capitalista en la que vivimos, «propuesta de valor» del país. Esto es: el país vale más por Cervantes y el *Quijote*. Nada menos. He conocido escritores que han obtenido el premio que lleva tu nombre: ellos eran Cervantes en sí mismos, Premios Cervantes. No es de extrañar que cuando cualquiera se pregunta por qué la literatura ha de importarnos, automáticamente, pensemos en el poder simbólico de el *Quijote*, en el gran logro de Cervantes, que hoy lo inunda todo, hasta la economía. Las autoridades competentes –o las incompetentes, vete tú a saber– quieren convertir tus huesos en atracción turística. No han dejado de buscarlos y parece que por fin, sí, los encontraron; y con esos huesos que ando en este parloteo. ¡Y hay «cervantistas»! Lo que oyes. En el siglo este, cuarto después de tu fallecimiento, hay personas que investigan al detalle sobre tu vida y tu obra. ¿Ves cómo no exageraba ni un poco cuando cumplía con informarte de que hoy todo es Cervantes? El español mismo es Cervantes. Lo repetimos una y otra vez: «el español, la lengua de Cervantes». Un escritor de hoy no puede sino sentirse chiquitito ante semejante hazaña. Quién de nosotros habrá de significar algo así. En cuanto haya que enviar nuestra lengua al espacio, a los astros, a algún planeta remoto de nuestra galaxia o de cualquier otra descubierta o por descubrir, irá con tu nombre, puedes estar seguro. Así somos. Y eso sí que es llegar lejos, en los términos en los que nos educaron a los de mi generación. «Hay que llegar lejos», nos decían, «a ver si llegas lejos», nos repetían. Pues Cervantes ha llegado a siglos de distancia y en cualquier momento alcanzará algún lugar a millones de años luz. Qué más quisieran los magnates, los acaudalados del comercio y la especulación, las personas más ricas de la tierra, ese 1% de la población mundial que atesora tanta riqueza como el resto del mundo junto. Pero no les sale. Y eso –querido, amantísimo escritor– aún nos consuela.